

Por tocarla

Por Juan Carlos Muñoz

Voy hacia ella, para sentir lo que no pude al morir.

Cuando yo le decía que deseaba morir en sus brazos; que sus ojos fueran la última imagen que los míos vieran; era porque realmente creía que no podía haber mejor final que ese, era cierto; y aún lo creo con todas mi fuerzas.

Siempre estuve enamorado de ella, desde que la conocí.

Incluso antes de conocerla, ya la soñaba. La besaba así, como siempre la besé: limpio, seco.

Su mismo abrazo lo he sentido desde siempre así, fuerte pero suave, con la presión precisa para sentir la calidez de sus manos, su cara; la tibieza de su piel, su pelo. Y si la acercaba más podía rozar sus caderas pequeñas pero sensuales, sentir sus pechos erguidos; estrechar su cintura con mis brazos.

Siento que toda mi vida viví sumido en este sentimiento. Como atrapado entre la nostalgia y el amor; la angustia y la pasión retenida. Tal como ahora, atrapado entre esta tierra y el cielo, o entre ella y Dios.

Aunque así, es como mejor me siento, porque veo más clara mi vida, ahora entiendo todo cabalmente.

Como entiendo también ahora, que haya dedicado tanto tiempo a pensar en ella, todo ese tiempo.

Era necesario hacerlo pues el fin de mis días se acercaba, ahora lo entiendo.

Lo hacía tanto, y tan seguido, que podría haberme vuelto loco mucho antes de morir. Si ahora miro hacia atrás me resulta increíble haberla pensado a cada rato, haberla imaginado tanto; recordado, y amarla en el tiempo, sobre todo haberla amado en el tiempo.

Había largas temporadas en que no la veía y sin embargo mi amor por ella no se vio afectado un ápice. Y es que no había nada más gratificante para mi corazón que amarla. Sobre todo previo a mi muerte.

Así que aquí voy, me dirijo hacia ella en busca del deseo no cumplido, persiguiendo su aroma. Su perfume no ha horadado tanto en mí como su aroma, su propio aroma.

¡Pero si antes de su llegada sabía que se presentaría gracias a su aroma! Aún así, me producía una especie de vértigo y mi estómago subía y bajaba cada vez que la veía.

Ya casi llego y la sensación es similar, sin contar la alegría que embarga a mi espíritu. Como si el tiempo no hubiera existido, aunque de hecho ha transcurrido mucho tiempo; como sea, su imagen la tengo tan bien grabada dentro de mí, que puedo jurar que nunca he dejado de verla. Ni un solo día, nunca.

Allá voy.

Y me imagino tocando su cara, sus manos. Porque tampoco he olvidado el placer que me produce tocar su piel. ¡Qué daría por tocarla de nuevo! Nunca le dije nada de lo que me ocurría cuando la tocaba. Como por ejemplo al envolver su rostro con mis manos, despejar su frente de cabellos desordenados y contemplarla así por un instante. Cómo deseaba que ahí mismo y de forma relampagueante se diera fin a mi vida; sabía que al pasar ese momento tan perfecto para mí, volvería al tedio rutinario, debiendo esperar una próxima vez para hacerlo: una eternidad. Otra eternidad.

Pero ya estoy llegando. Atravieso el umbral de su hogar y me dirijo a su habitación donde sé que volveré a verla glamorosa, bella y deseable, como siempre.

Cómo no voy a querer tocar esa piel, mientras dormita y se revuelca remolona entre las sábanas. Juro que no hay nada más cercano a lo celestial que verla dormir, y no es por adular; lo digo con propiedad, ni los ángeles tienen una belleza igual.

Y ahora que la miro, recuerdo todas las emociones que perdí por no tocarla cuando debí hacerlo. Y advierto que continúa provocándome estas ganas, que creí muertas también, por tocarla.

Basta con que la yema de mis dedos recorran su piel, para sentir que pierdo la cabeza, los sentidos y mi espíritu.

Marcando su silueta con devoción apostólica, mis dedos graban sus poros y vellos; rugosidades y lunares; ella cree que sueña, mientras mis dedos en su piel continúan reconociendo su cuerpo, pliegues que se estiran, dobleces que se dejan extender, la hendidura que se resiste primero y consiente luego. Mis dedos ya no la sienten pero imagino cómo era. Y la recorren lentamente, rotando en esa hendidura por un momento, rotando y empujando, para enseguida, seguir recorriendo su cuerpo. Ella se mueve y se tiende de espaldas, y se deja; se da. Sus pechos acogen mis dedos que palpan esos pezones de diosa, perennes, bellos y seductores; los recorren sin prisa, muy quedamente, para alargar el sentimiento de felicidad plena. Pero mis dedos continúan marcando su silueta, reproduciéndola en mi memoria y acariciando su rostro; van grabando la cuenca de sus ojos color verde cristalino, su delicada y estilizada nariz, la delicia de sus finos labios carnosos. Desordenan su cabello y vuelven a peinarlo, bajan una vez más a sus senos y abarcan cada uno de ellos nuevamente con cuidadosa pasión, se quedan un rato en el centro de ellos palpando y apretando, acariciando, sobre todo acariciando. Y vuelven a sus poros, a sus rugosidades y pliegues, a su hendidura especialmente, que ya está más dúctil, más tibia y en la medida que mis dedos rotan, más húmeda y dispuesta. Sus piernas se abren delicadamente, perezosas, sutiles. Reciben mis dedos con un leve movimiento; tenue, muy tenue, y le cuesta controlar su respiración, porque mis dedos vuelven a su hendidura y vuelven a rotar. Su rostro resplandece y cuanto más rotan mis dedos, más radiante se vuelve y su cuerpo acusa más estremecimientos, porque cree estar soñando conmigo; y mis ojos se nublan y yo creí que ya no podría.

Ahora lleno su cuerpo de mis dedos con delirio y sus pies pequeños y delicados los alberga por un momento; luego busco su espalda y la vuelco para acariciar sus suaves y blancas nalgas y en medio del frenético desplazamiento de mis dedos, afiebrados de placer, encuentro su hendidura.

Por un segundo se corta su respiración, sus movimientos se paralizan y sus ojos quieren ver pero se cierran y mis dedos vuelven a rotar lentos y ella vuelve al jadeo, y yo que quisiera querida mía.

Pero persisto, porque su felicidad es la mía y siento que caen mis lágrimas emocionadas y mis dedos rotan, continúan rotando, entrando y saliendo, cada vez más rápido, cada vez más húmedos y es la emoción que me nubla y moja mis mejillas, porque creí que yo ya no y ella sí; y aquí está, hermosa, soñando que es feliz y yo haciéndola feliz hasta que ese pequeño grito la induce a girar y quedar de lado con las piernas encogidas.

Acaricio su espalda, su cuello, sus hombros. La abrazo, sé que no me siente, pero la abrazo con vehemencia. La abrazo por completo, y mi cuerpo entero la toca y mi alma se maravilla y su piel se funde con la mía; y hundo mis dedos en ella; hundo mi lengua en sus labios, hundo mi hombría acabada ya en su vivaz matriz; manoseo sus senos y los siento grandiosos y yo mismo me siento gigante con ella y el placer le provoca espasmos involuntarios y estos provocan que se incorpore impresionada.

Me ha adivinado y yo detengo este deseo fantasmal.

Mecánicamente salto de su cama y la miro de pie. No quiero asustarla. Ella se ha sentado en su cama y mira a su alrededor confusa.

¡Dios, qué hermosa es!

Ella ahí, a mi lado y no me puede ver, ni oír. Se acomoda ya más tranquila pero expectante y no se cubre.

Quisiera poder tatuar con mi propia sangre sobre su piel y registrar en sus sábanas y almohada, versos y poemas que le digan que estuve allí, que nunca me he ido de su lado; para que cuando duerma pueda soñar que yo mismo se lo digo; para que sepa que este alejamiento no es eterno. Haría cualquier cosa por estar junto a ella para siempre. Por tocarla. ¡Cómo necesito tocarla!

Así debí morir: reposando a su lado envuelto en ella y con sus bellos ojos mirándome.

¡Cómo necesito que me mire a los ojos, para sentirme vivo!

Ahora solo me queda pensarla a cada rato, imaginarla hasta que vuelva. Soñar que la toco. Amarla aún, sobre todo, amarla.